

HURTADO DE MENDOZA, DIEGO (1503-1575)

CANCIONES

Canción I

¿Cómo cantaré yo en tierra extraña
cantar que darne pueda algún consuelo?
¿Qué me aconseja amor en esta ausencia?
Mi mal es fuerza, tu voluntad maña;
a la seguridad vence el recelo,
la desesperación a la paciencia.

Si pienso que me veo en tu presencia,
mi pensamiento está tan abatido,
que siempre finge cosas de pesar:
tu soberbia, tu saña, tu desvío,
que en la ocasión me falta el albedrío,
pues cuando quiero no puedo hablar,
que pierdo la razón, mas no el sentido.

En tu presencia estoy y estó en tu olvido,
olvido en que jamás habrá mudanza,
y acuérdaste de mí para dañarme;
no te acuerdas de mí, mas es costumbre
ser en esto cruel tu mansedumbre,
y yo de, diligente, condenarme
en tu descuido y mi desconfianza.

Amor, amor, que quitas la esperanza
y en su lugar das vana fantasía,
¿qué bien tiene el morir si no lo siente
quien es la causadora de este daño?
No quiero que deshagas el engaño;
quiero que sea razón y no accidente
lo que pueda vencer a tu porfía.

Si yo, señora, viese que algún día
volvías tus dos soles a mirarme
por voluntad y no por ocasión,
pensaría que estaba en tu memoria.
Mas ¿cómo bastaré a sufrir tal gloria
que un punto de ella es más que mi pasión?
Con tanto bien no puedo remediarme.

Del pensamiento querría yo ayudarme
si él me obedeciese a mi contento,
mas no para pensar cosa liviana
o que sabida pueda darte enojos;
pensaré como muero ante tus ojos,
que procede mi pena de tu gana,
que das alguna causa a mi tormento.

La vida pasaría en este cuento
con esperar de alguna buena suerte,
mas ¡ay de mí! que no puede venir
ni cabe en mi juicio tal locura.
De mi cuidado hago sepultura,
y en soledad y tristeza mi vivir,
no vida, sino sombra de la muerte.

¡Oh señora, si yo pudiese verte
o quisieses saber tú cuál estoy,
harto alivio sería para mí
en tan extraño mal como padezco!
Las noches y los días aborrezco:
maldígame en la noche porque fui
y, cuando viene el día, porque soy.

También maldigo el lugar a donde voy,
y el tiempo porque pasa y no te veo,
a la hora que te vi y a la sazón,
que siempre la procuro y no la hallo.
Si hablo me maldigo y, cuando callo,
la voluntad maldigo y mi razón,
y tu aborrecimiento y mi deseo.

Cuantos males sospecho, tantos creo,
y juzgo lo que ha de ser por lo que fue,
revolviendo mis quejas de contino
por ver si tienen medio o lo han tenido;
mas, como ni lo espero ni lo pido,
como ciego que va por el camino
no veo dónde voy ni dónde iré.

Muéveme el deseo y ciégame la fe;
muchas veces querría disimular,
pero descubro más disimulando;
liviano es el cuidado que decirse
puede, y el que no puede sufrirse

él mismo se descubrirá callando,
que no presta ser mudo ni hablar.

Ni reposo con dormir ni con velar:
velando pienso en lo peor que puedo,
paso cosas que no quiero creer;
durmiendo sueño aquello que he pensado;
como el hombre que duerme de cansado,
sueño que caigo y no puedo caer
y en lo más alto estoy con aquel miedo.

Muero cuando me mudo y, si estoy quedo,
busco piedad y caigo en la sospecha;
y no hay de qué tener este cuidado,
que todos son contigo lo que soy;
mas ellos, si no van por donde voy,
podría ser hallarse en buen estado,
pues lo que a uno daña a otro aprovecha.

Llamo la muerte como cosa hecha,
y viene, mas no llega a su lugar,
que no consiente amor ni lleva medio
en tanta soledad morir por ruego;
fuerza querría que fuese, y fuese luego,
que el mayor bien es el postrer remedio
en mal que no se puede remediar.

Canción en redondillas

Pesares, no me apretéis;
cuidados, gran priesa os dais;
mirá que, si me acabáis,
que conmigo moriréis.

Hanme dicho que una fiera
cría dentro en sus entrañas
a quien tiene tales mañas,
que al salir hace que muera.

Mas yo de contraria suerte
crío en mi seno cuidados
que, de muchos y callados,
sin salir me dan la muerte.

No dirán que por engaño
los aposenté en mi pecho,
que bien conocí el provecho
y quise escoger el daño.

Entregué la voluntad
sin que me quedase nada
y, aunque es libre la posada,
me quitan la libertad.

Canción en redondillas

Cuidados, pues que tenéis
sujeto el libre albedrío,
ningún estorbo es el mío;
acabadme si queréis.

Luego a la hora entendí
que era menester guardarme,
y comencé a recatarme
de todos sino de mí.

Bien seguro estaba yo
con tal enemigo en casa,
y de esta escondida brasa
todo el fuego se encendió.

Oigo, veo, sufro y callo,
que en todos estos sentidos
hay cuidados conocidos,
mas sin ellos no me hallo.

Veo mi daño venir,
oigo luego el bien ajeno,
y sufro dentro en mi seno
lo que no oso descubrir.

Canción en redondillas

Pues que tanta priesa os dais
y yo tan poco me quejo,
pesares, libres os dejo;

quiero ver si me acabáis.

En tan peligroso trago,
aunque yo no lo procure,
¿no habrá un bien que me asegure
de este daño que me hago?

No, que no quieren valerme
mis cuidados como hermanos,
sino darme de las manos
cuando pueden ofenderme.

Siempre ofenderme desean,
y yo con ellos me junto
cada y cuando que barrunto
cosas que contra mí sean.

Remedio yo no lo pido,
consejo no lo recibo,
que a mí mismo, porque vivo,
me tengo ya aborrecido.

Canción en redondillas

Cuidados, que me traéis
tan vencido al retortero,
acabad, que acabar quiero
porque vos os acabéis.

El ave que el pecho hiere
y tanto a sus hijos ama
con la sangre que derrama
les da vida, aunque ella muere.

Los pesares me maltratan,
dentro en el alma los tengo
y con ella los mantengo,
y ellos consigo me matan.

No es cuidado el que me manda
ni quien me hace la guerra,
mas pesar que me destierra
y placer que en otros anda.

Siempre doblada la pena,
siempre muerte ante los ojos,
por mis pesares y enojos
y por la holganza ajena.

Canción y carta

Pesares, si me acabáis
tendréis en mí buen testigo,
que os acogí como amigo
y como a tal me tratáis.

La que me manda y consiente
contar mis males en suma
dará licencia a la pluma
que mis ternezas le cuente.

Las lágrimas y suspiros
son armas de esta contienda,
donde la ofensa y la enmienda
para, señora, en serviros.

Vime libre de afición,
véome cautivo ahora,
y el alma, que era señora,
puesta en mayor sujeción.

¿Quién se alabará que tiene
contra amor vida segura,
si donde más se asegura
mayor peligro le viene?

Al principio de mis penas
teníalas por suaves;
sin saber que eran tan graves,
burlaba de las ajenas.

Decía en mi puridad:
«Prueben todos lo que pruebo;
esto que siento de nuevo
¿es amor o es amistad?»

Donde no paraba mientes
comencé a tener recato,

a mirar de rato en rato
y guardarme de las gentes.

Por no caer en la red,
de vos misma me guardaba.
¡Mirad cuán poco pensaba
en demandaros merced!

De turbado y encogido
vine a confesar negando
lo que agora estoy llorando
porque verdad ha salido.

De aquí ha subido haciendo
amor en mí tantas pruebas,
que de encubiertas y nuevas
las sufro y no las entiendo.

Parece imaginación
que tenga puesta yo mismo
la humildad en el abismo
y en el cielo la afición.

Para tanta hermosura
pequeña pena es la mía,
y muy alta fantasía
para tan baja ventura.

De la vida no me acuerdo,
de la muerte curo poco,
que si pequé como loco
yo pagaré como cuerdo.

Quien aborrece la vida
no muere de sobresalto,
pero subiendo más alto
puede dar mayor caída.

Si quisiese arrepentirme,
hallaré que es imposible
que mi pena sea movible
siendo la causa tan firme.

No sabré mudar, ni puedo,
esta vida que me queda;
vuelva Fortuna la rueda,

que yo siempre estaré quedo.

¡Oh quién pudiese, pues muero,
hablar con mi matadora!
Quizá le diría en un hora
lo que en mil años no espero.

Pero ¿de qué me aprovecha
descubrirle mi fatiga?
Que, si encubre como amiga,
como enemiga sospecha?

Mucho deja a la Fortuna
el que se resuelve presto
donde el daño es manifiesto
y la ganancia ninguna.

De esta manera padezco
que en más tengo no enojaros,
aunque pudiese hablaros,
que cuanto espero y merezco.

Quien por vos perdiere el seso
no ha de ser de confianza,
que tan pequeña balanza
mal sufrirá tan gran peso.

Mas piérdase imaginando
cómo mi deseo puse
donde no hay razón que excuse
sino la muerte, y callando.

No teniendo en mi poder
seso, libertad ni vida,
trato de cosa perdida
como cosa por perder.

Cuanto el seso desatina
pago yo como cobarde,
porque le perdí tan tarde
conociéndoos tan aína.

Suspenso, turbado y ciego,
triste, importuno, quejoso,
cuando esperaba reposo
me vino desasosiego.

Prueba amor por tantos modos
afligirme y trabajarme,
que será bueno guardarme
de vos y de mí y de todos.

Todo me parece nada
cuanto propongo y resuelvo;
a mis cuidados me vuelvo,
pues es suya la jornada.

En el centro de mi alma
los pesares me acompañan,
mas por mucho que me dañan
tengo la vida en su palma.

Entre las gentes se entiende
que anda un animal tan ciego,
que dentro del mismo fuego
en que se cría se enciende.

Es amor fuego en que ardo,
cuidado es el que lo atiza,
y pesar torna en ceniza
cuanto yo en mi pecho guardo.

CanCIÓN

El bombodombón,
la bombodombera,
¡quién fuera lanzón!
¡quién lanceta fuera!

Quien lo que quiere no puede,
no quiere lo que podría,
ni se canse, ni se quede,
mas eche por otra vía;
no mude la fantasía
el que muda la manera,
¡quién lanceta fuera!

Procurar empresa vana
es de muy gran majadero.
Yo deseo ser barbero
porque hiere y porque sana

y aun es cosa muy humana,
señora, en esta ocasión,
¡quién fuera lanzón!

Nunca vaya por rodeo
quien desea lo imposible;
procure ser invisible
que es más dulce devaneo;
mas en la ocasión que veo
de entrar en la sangradera
¡quién lanceta fuera!

Aún te vea yo sangrada
y traída al retortero,
pues a tanto caballero
traes la sangre quemada.
¡Oh pena bien empleada
y mejor el que la diera!
La bombodombera.

Sangría sin ocasión,
si es con arrebatamiento,
da muy grande alteración
y poco contentamiento.
Si te sangrares de asiento,
yo barbero y tú barbera,
la bombodombera.

Saca la sangre, traidora,
con que tanto mal hiciste
desde el punto que quisiste
mostrarte mi matadora;
tú animosa, tú señora,
yo siervo sin corazón,
el bombodombón.

Salga la sangre que pudo
tu hermosura alterar
y al mezquino tartamudo
que te comenzó a hablar
acabó con sospirar
la palabra y la ocasión,
el bombodombón.

Quien da general tormento
sángrenla de la elección,

por nuestro quebrantamiento
y su mala condición;

no se pase la ocasión
antes de la primavera,
¡quién lanceta fuera!

En sangría de verdad
con que la salud se cobra
hay tanta necesidad
de instrumento como de obra;
si aprovecha lo que sobra
en semejante razón,
¡quién fuera lanzón!,
y si lanzón no pudiera,
¡quién lanceta fuera!

Canción en redondillas

Pesares, ¡gran priesa os dais!
Dadme espacio que me queje
hasta que este cuerpo deje
libre el alma donde estáis.

Los cuidados aprovechan
para remediar los males;
mis cuidados no son tales,
que ellos mismos males echan.

Dicen que hay pesar que suele
dar alivio al que padece,
pero el pesar que me empece
más que el propio mal me duele.

El bien y el mal me persigue,
y cada cual me destruye;
el bien que sigo me huye
y el mal que huyo me sigue.

Los cuidados llamo mal
y los pesares también,
y a ellos mismos llamo bien
si vos los tenéis por tal.

Canción en redondillas

Cuidados, no me acabéis,
pues conmigo os acabáis,
y, si el vivir me quitáis,
la gloria no me quitéis.

Del pesar nace el cuidado,
del cuidado pesar viene;
todo se cría y mantiene
entre sí junto y mezclado.

Con el alma se contentan,
sírvelos el pensamiento;
nunca entró contentamiento
adonde ellos se aposentan.

Donde el descanso es ninguno,
donde el premio es tan dudoso,
más quiero callar quejoso
que no hablar importuno.

Dicen que el dolor amansa
porque el quejar es descanso;
debe ser el dolor manso,
que el mío nunca descansa.

En el bien que me quitáis
y en el mal que me hacéis,
pesares, conoceréis
que conmigo os consejáis.

Canción en redondillas y quintillas

Desdichas, si me acabáis,
¡cuán buena dicha sería!
Si haréis, si no os cansáis
por mayor desdicha mía.

Poco os queda por hacer,
según lo que tenéis hecho,
en que os podáis detener
en un hombre tan deshecho
y tan hecho a padecer.

La costumbre dicen que es
muy gran remedio a los males;
yo digo que es al revés,
que los hace más mortales.

Ved a lo que me han traído
la costumbre y sufrimiento,
que de puro ser sufrido
vengo a decir lo que siento
cuando estoy ya sin sentido.

Los que vieren que porfío
a quejarme de mi suerte
pensarán que desvarío
con la rabia de la muerte.

Mas, con todo, bien verán
que no es tiempo de mentir;
gran agravio me harán
viéndome para morir
los que no me creerán.

Todo lo tengo probado,
hasta el bien me hace mal;
el no me hallar confiado
era mi peor señal.

Temblaba el alma en los pechos
en ver sombras de alegría;
bienes eran contrahechos,
que siempre el placer venía
víspera de mil despechos.

Si acaso estaba contento,
que pocas veces sería,
venía un remordimiento
que el alma me deshacía.

Profecías eran éstas
del mal en que hora me veo;
mil cosas llevaba a cuestras,
que las llevaba el deseo
sobre mi cabeza puestas.

Y aun me parecían a mí
tan ligeras de llevar,

que nunca tanto sentí
como habellas de dejar.

Esto, ya que era pasado,
si el dejallo me dio pena,
júzguelo quien lo ha probado;
si alguna hora tuve buena,
¡cuán cara que me ha costado!

Canción

Pastora, si mal me quieres
y deseas apartarme,
bien lo muestras con mirarme.

Contigo tienes testigos,
señora, de estos antojos,
que el corazón y los ojos
nunca fueron enemigos.
Huyan de ti tus amigos
y tú huye de mirarme,
que yo no puedo apartarme.

Nadie ponga el afición
en voluntad ocupada,
que al cabo de la jornada
para en desesperación.
Yo busco mi perdición
y tú quieres ayudarme,
pastora, con mal mirarme.

Doblada lleva la queja
el pastor que por ti muere,
si quieres a quien te deja
y dejas a quien te quiere.
Vaya amor adonde fuere
que, aunque quieras apartarme,
no podrás con no mirarme.

Canción en redondillas

Aquí cantaba Silvano
con más placer que no agora,
dolorido del que llora

pesar firme y bien liviano.

Pues vengan los males llenos
do están los bienes vacíos,
que mis ojos no son ríos
ni mis sentidos ajenos.

Y si lo fueran, también
se agotara su caudal,
tal es el daño del mal
y la soledad del bien.

Y si de una piedra dura
fueran todos mis sentidos,
ya los viera fenecidos
la memoria de ventura.

Pero ya tarde será
según pasé aquesta vida,
que a quien pierde y nunca olvida
la muerte mejor le está.

Y por sólo aquesto creo
que se hace sorda y muda;
hasta el daño pone en duda
si soy yo el que lo poseo.

No solía ser ansí
un tiempo que Dios quería,
mas si el bien es de solía,
más vale pesar por sí.

¡Ojalá me diera amor,
o la Fortuna por él,
una fatiga fiel
y no un descanso traidor!

Y ojalá, porque venganza
procura mi dura estrella,
que pudiera to perdella
con que no fuera mudanza.

Canción

Va y viene mi pensamiento

como el mar seguro y manso;
¿cuándo tendrá algún descanso
tan continuo movimiento?

Glosa

Parte el pensamiento mío
cargado de mil dolores,
y vuélveme con mayores
de la parte do lo envío.

Aunque de esto en la memoria
se engendra tanto contento,
que con tan dulce tormento
cargado de pena y gloria
va y viene mi pensamiento.

Como el mar muy sosegado
se regala con la calma,
así se regala el alma
con tan dichoso cuidado.

Mas allí mudanza alguna
no puede haber, pues descanso
con el mal que me importuna
que no es sujeto a fortuna
como el mar seguro y manso.

Si el cielo se muestra airado,
la mar luego se embravece
y, mientras el mar más crece,
está más firme en su estado.

Ni a mí me cansa el penar
ni yo con el mal me canso;
si algo me podrá cansar
es venir a imaginar
cuándo tendrá algún descanso.

Que, aunque en el más firme amor
mil mudanzas puede haber,
como es de pena a placer
y de descanso a dolor,

sólo en mí está reservado
en tu fijo y firme asiento

que, sin poder ser mudado,
está quedo y sosegado
tan continuo movimiento.

Canción

Olvida, Bras, a Costanza,
líbrate de su cadena,
no fíes en esperanza,
que no hay esperanza buena.

Poquito entiendes de amores,
Bras, y muy mucho porfías.
¿Tras esta engañapastores
pierdes el seso y los días?

Tú fías en su mudanza
y ella misma te condena
pues un punto de esperanza
te cuesta un siglo de pena.

Estando libre y serena
desasosiegas la vida,
como una causa primera
que mueve sin ser movida.

Triste el que busca mudanza,
que a sí mismo se condena,
si confía en esperanza
de quien nunca la dio buena.

Si se te ofrece, carillo,
alguna buena ocasión,
ésta la torna cuchillo
para tu condenación.

En la fragua de esperanza
forja una larga cadena
de eslabones de mudanza
y duro hierro de pena.

El corazón que te ofrece
ausente, venido el hecho,
ella lo arranca del pecho

y da a cuantos le parece.

No esperes, Bras, de Costanza
obra ni palabra buena,
que a dedos da la esperanza
y el tormento a mano llena.

Si ha de ser de bien y cierta
el esperanza chapada,
Bras, la tuya es cosa muerta,
que la fundas sobre nada.

No hay tan ligera mudanza
que no te parezca buena;
mal conoces a Costanza,
poco sabes de esta pena.

Esta tu esperanza, amigo,
de miedo tiene una parte,
pues que trae pena consigo
de que no puedes guardarte.

Quien pone su confianza,
Bras, en voluntad ajena,
ni en pena espere mudanza,
ni tema en mudanza pena.

Pastora, tu hermosura,
tu gracia, habla y semblante
promete buena ventura
al que no mira adelante.

Y al que con buena esperanza
se pusiese en tu cadena,
cuchillos de confianza
son y ministros de pena.

Canción en redondillas

Nadie fíe en alegría,
porque ninguna hay tan cierta,
a quien no cierre algún día
Fortuna o Amor la puerta.

Yo vi leche reposada
tornar cortada y aceda,
y vi voluntad trocada
cuando pudiera estar queda.

Yo vi la mar en bonanza
levantarse hasta el cielo,
y vi firme confianza
derribada por el suelo.

Amistad hay que se muestra
sola, clara y sin ofensa
y, cuando pensáis que es vuestra,
halláisla turbia y suspensa.

Tal os tiene hoy por amigo
que mañana, si le place,
os tomará por testigo
de los agravios que os hace.

Dulce y vano atrevimiento
es poner confianza alguna
sobre tan flaco cimiento
como esperanza y fortuna.

Que donde un bien se concierta
hay un mal que lo desvía,
mas el bien viene y no acierta
y el mal acierta y porfía.

CANCIONES

1

Tiempo bien empleado
y vida descansada,
bien que a pocos y tarde amor consiente,
olvidar lo pasado,
holgar con lo presente
y de lo por venir no curar nada.
Hora falta y menguada
la del que no olvida
un cuidado que siempre le da pena,
cortado a su medida,
tan importuna y llena,

que ni otro halla entrada ni él salida,
mas tiene por testigo
su pensamiento y éste es su enemigo.

En tal punto me veo
de Fortuna traído
hasta el postrer abismo de su rueda,
donde ruego y deseo
que esté segura y queda
porque a peor no venga, que he venido
a tan flaco partido
y con tal desvarío,
que en él no habrá quien ya de mí se acuerde.
Piérdase el albedrío
ya que el seso se pierde,
y lo uno y lo otro por ser mío,
pues decir que se guarde
es consejo importuno, vano y tarde.

Dichoso el que a sus solas,
con ánimo constante,
de buena o mala suerte se contenta,
y las mudables olas
de amorosa tormenta
no le truecan propósito o semblante.
Dichoso aquel instante,
alegre o descontento,
que da sosiego al miedo o la esperanza.
Mas ¡ay de mí!, que siento
en cualquier mudanza
con nuevo disfavor nuevo tormento,
y escogílo por bueno
cuando crié la víbora en mi seno.

¡Oh envidia sin sosiego!
¡Oh fiera sospechosa,
que siempre estás atenta a trabar guerra!
¿Cuál es el pecho ciego
que dentro en sí te encierra?
¿Por qué el mundo te llama perezosa?
No con lengua furiosa
mas con sospecha vana
atajaste los pasos a mi gloria,
que tan humilde y llana
vivía en la memoria
de quien nunca pensó cosa liviana.

¿Cómo entras diligente
a beber honra y sangre a un inocente?

Filis blanda y hermosa,
¿en qué te he yo enojado
que tanto mi servicio y fe te cansa?
Conmigo estás quejosa
y con otros muy mansa.
Donde nunca tus fuerzas han llegado
venga el injusto hado,
venga el tibio desdeño,
que oprimen la humildad y la paciencia;
persigan a su dueño
servicios en presencia
que en tu memoria sean como sueño,
pues con la fe te enfadas
de quien sigue y adora tus pisadas.

¿Fié de mi ventura
algún deseo vano?
¿Quise igualar contigo mi osadía?
¿Puse tu hermosura
en duda o en porfía,
o resistí heridas de tu mano,
que tan claro y temprano
me vino el desengaño
a tocar en lo íntimo del pecho
y aún no sé si es engaño?
El daño que está hecho
viene por amenaza de otro daño
a mostrarme que sienta
en la bonanza ajena mi tormenta.

¿Para qué estoy en duda,
pues no hay otro camino
sino sufrir a quien me haga fuerza?
Sea mi lengua muda,
tu voluntad no tuerza,
y pague yo que fui mal adivino.
Llegó mi desatino
a pensar que sirviera
en lo que cualquier otro te servía,
y cierto se hiciera
si la desdicha mía
y el caso no ordenaran que yo fuera;
mas no hay peor librado

que el desfavorecido y obligado.

Quiero callar mi queja,
si es posible sufrirme
donde vence el agravio a la paciencia,
que, pues Filis me deja,
la más cruda sentencia
es haberme dejado sin oírme.
Un propósito firme,
una fe muy entera
y un no mudar camino por tibieza
serán hasta que muera
muestras de mi limpieza,
aunque envidia y pasión me tengan fuera,
ya que otro bien no espero
sino morir sirviendo y por quien muero.

Mas templaré la vela
por no decir tan claro que estoy loco,
pues, aunque mucho duela,
será el quejarme poco
y sola una esperanza me consuela:
que en ocasión ninguna
he de huir el rostro a la Fortuna.

2

Si alguna vanagloria
en corazón humano
pudo haber, señora, de pensar
que nunca ajena mano
revolvió la memoria
a otro ni su ser pudo mudar;
si algún gozo ha de dar
la limpia y pura fe
guiada sin engaño,
y el no usar mal de la verdad en daño
de otro con decir lo que no fue,
por mí ha todo pasado
después que, sin dejarte, me has dejado.

Dijísteme que fuese
seguro por do quiera,
que nunca tu favor me faltaría.
Salí, que no debiera,

porque de mí no fuese
lo que muchos dijeron que sería.
Entonces te quería
como al querido hijo,
como a la dulce amiga,
y aquel amor ardiente sin fatiga
salía de mi pecho sin letijo;
ya que esto queda atrás,
quírote menos bien y ámote más.

Viene mezclado amor
con aborrecimiento,
y no se puede creer si no se siente,
ni hay más grave tormento
que sentir con dolor
contrario a la dolencia el accidente;
pero no se arrepiente
mi seso, y va venciendo
siempre la voluntad.
Yo me rindo, pues de esta ceguedad
la mayor parte se ha cobrado viendo
cómo la fe tuviste
más liviana que el viento a quien la diste.

En amor tan ingrato,
en tan larga carrera
de tiempo y de dolor como ésta ha sido,
muchas partes hubiera
que a descansar un rato
me pudieran cautivo haber traído;
mas mi seso vencido
conoce lo mejor
y lo peor escoge,
cualquier discurso de razón acoge,
aunque, al determinarse, vence amor.
Yo quedo imaginando
qué pudiera ayudarme, cómo y cuándo.

Hartos consuelos tengo
y el remedio es en vano;
crece el mal cuanto más justo me hallo,
ya otro fuera sano
si de lo que sostengo
dijese lo que yo por burla callo.
¿Qué mísero vasallo
con tan mansa paciencia

sufrió tanta graveza,
dar mal por bien, mudanza por firmeza?
¡Oh áspera, cruel, dura sentencia!
Pues no hay dolor tan fuerte
que no se venza al cabo con la muerte.

¡Oh libertad forzosa
de mi dura fatiga,
que das fin al dolor cuando te ofreces!
¡Oh deseada enemiga,
oh muerte, que rabiosa
a otros y a mí dulce me pareces!
Tú que sola mereces
desatar este ñudo
y aun hacer inmortal
al que por hacer bien padece mal.
Ven y harás lo que hacer no pudo
la que probó en un día
a deshacer la pena y gloria mía.

Quisieras tú, señora,
con uno y otro enojo
cansar mi fe, forzalla a que quebrase
tomando cada hora
novedad por antojo,
y atar mi ruda lengua a que callase
y, cuando me esforzase
a quejarme de ti,
embarazarme el seso
ansí que, no pudiendo echar el peso,
no pudiese valerme yo por mí
estando aquí el morir,
que es remedio común y ha de venir.

Un querer tan seguro,
un ser tan obediente,
una mansa paciencia tan extraña,
un ánimo tan puro,
una fe tan ardiente
que bastara a mover una montaña
que no mude tu saña,
y cosa tan liviana
te mueva contra mí siendo segura.
¡Oh voluntad humana
en divino saber y hermosura!
¿Quieres que no me queje

y, porque me has dejado, que te deje?

Canción mía, yo temo
que quien te ha de leer
me querrá dar consejo por remedio;
y pues no puede ser,
siendo mi mal extremo,
que se pueda curar con ningún medio,
dirásle que no quiero
sino morir por ella como muero.

3

Ya el sol revuelve con dorado freno
los ligeros caballos nuestra vía,
acabando la más larga carrera;
ya caliente, ya da nueva alegría
de la estrella más fría al tibio seno;
ya las nubes esparce por defuera;
la parte más afuera
del cielo y apartada
ve luz demasiada.

Yo, cautivo, que muero, quiere Amor
que huya de mí el claro resplandor
y que siempre le siga como loco,
teniendo al sol en poco,
y que, muriendo, busque mi dolor.

La ira del cruel y duro invierno
huye so tierra, y los rabiosos vientos
no suenan ya por bosque ni montaña;
el cielo da los días ya contentos,
ya muestra la mañana el rostro tierno,
ya se sale a volar por la campaña
la sabrosa compañía
del viento delicado.

Yo, ausente y olvidado,
no mengua mi tristeza y desconsuelo,
antes rompo las peñas con mi duelo
y los montes derrueco suspirando,
mas poco cura el cielo
que viva el triste desamado amando.

La verde yerba coronando viene
de varias flores la pintada tierra,

que al estrellado cielo se parece;
los tiernos ramos no tienen más guerra
con el soberbio viento, ni conviene
temer del duro yelo que entorpece;
ya ninguna parece
de las espesas hojas.
Y tú, Fortuna, arrojas
tanta tristeza en mí, tanta agonía
cuanto en ellos has puesto de alegría.
Cada cosa su tiempo y fin alcanza,
y en la tristeza mía
no hay tiempo de remedio ni esperanza.

En el mar sosegado, al manso viento
tiende la vela, alegre, el marinero,
seguro ya de la cruel tormenta;
en alta popa con navío ligero
corta el agua espumosa, y va contento
sin tener con las ciegas nubes cuenta
ni esperar más afrenta.
Y en mi vida importuna
cualquier tiempo es fortuna;
siempre me veo cubierto de cuidados
que en lágrimas quebrantan sus ñublados.
¡Oh enemiga Fortuna, oh cruda suerte!
No son unos pasados
cuando me llegan otros a la muerte.

El pastor amoroso, embebecido,
en la cumbre del monte está cantando,
o en la fresca arboleda y verde prado,
y con sabrosa flauta remedando
la viva voz, puesto al dulce sonido
del agua clara y viento delicado,
presente su ganado
que escucha sus querellas.
Yo, triste, que con ellas
vivo solo en lugar adonde oídas
no pueden ser de nadie ni sentidas,
paso mi vida en doloroso llanto
y, si hubiese mil vidas,
todas las pasaría en otro tanto.

Bien sabes tú, canción, qué primavera,
qué sol es el que espera
mi alma en esta ausencia,

qué males en presencia
me pueden dar más conocido daño,
qué es vivir en sospecha y desengaño,
y en tanta soledad aborrecer
y excusar como extraño
todo aquello que a todos da placer.

Canción

No parece inconveniente
dos contrarios en mi mal,
si el pesar es natural
y el placer por accidente.

Quien, como yo, calla y muere
en miedo y desconfianza,
si tiene alguna holganza
¿es ser vos la que lo quiere?

Mas si vuestra mano siente
como yo, y quedare tal,
contará siendo mortal
que vive por accidente.

Canción

Ten ya de mí compasión,
zagaleja,
y ablanda tu condición,
que el que te hizo león
te pudiera hacer oveja.

Si el que servirte desea
es el primer ofendido,
¿quién seguirá tu partido
que otro como yo no sea?
En lo que me vi se vea
cuando ponga su afición,
zagaleja,
en la ira del león
y mudanza de la oveja.

Haber, zagala, victoria
de un siervo sin libertad
es dar al vencido gloria
y al vencedor poquedad.
Trata con humanidad
a quien vences con razón,
zagaleja,
siendo con bravos león
y con humildes oveja.

Quien fuere más a la llana
menos errará el camino,
que el amor es cosa humana
aunque lo llaman divino.
No venzas por desatino,
ya que vences por razón,
zagaleja:
sé leona con león
y con carneros oveja.

Si a quien huye y no te quiere
sigues tú como perdida,
el pastor que por ti muere
cornudo va a la otra vida.
Siempre andarás de partida,
mas nunca en una opinión,
zagaleja,
siendo con león oveja
y con oveja león.

Das higas al que agradece
por mercedes los pesares,
y das favores a pares
al que no te los merece;
pues ese que te parece
conforme a tu condición,
zagaleja,
tú le tienes por león
y nosotros por oveja.